

La región de Puebla en la época prehispánica

Para entender la historia antigua de Puebla hay que observar la geografía regional, se trata de un extenso valle que está delimitado por una serie de volcanes, lo que a ojos de los hombres que en épocas remotas se acercaron en él, constituía algo mágico y maravilloso. Si México ha sido llamado con justeza: "Tierra de Volcanes", es al valle poblano-tlaxcalteca al que mejor le asienta el sobrenombre. Al oriente se asoma la cúspide impresionante del Citlaltépetl, mal llamado Pico de Orizaba, pues no es de ninguna manera exclusivo de esta lluviosa población, sino que sus extensas faldas abarcan tierra de dos estados, con un buen número de serranías, vegas y vallezuelos.

Al norte se alza con majestuosidad la eminencia de la Malinche, llamada en otro tiempo Matlalcuéytl, "la de la falda de red", nombre que ostentaba la diosa de los ríos, de los manantiales y fuentes brotantes; objeto de constante culto que la irrupción europea o la modernidad no han podido borrar del todo. En sus inmediaciones aún se asientan belicosos descendientes de los intrépidos guerreros, que como sus ancestros, empuñan las armas a la menor provocación. Lugar especial merece la "Sierra Nevada", en donde emergen los volcanes concatenados, el "Cerro que humea" o Popocatépetl y su compañera eterna: el Iztaccíhuatl, mujer blanca que recuerda a la diosa de la sal, aunque para muchos signifique lo que a primera vista parece: "la mujer dormida". Ambas montañas irradian su

fuerza y reciben el culto de sus devotos; los "graniceros" que les cantan, bailan y pronuncian con respeto sus nombres esotéricos: "Rosita" y "Gregorio". Les suplican, como antes lo hicieran los tlamacazque sagrados, que envíen el líquido precioso que se pasea por los cielos en forma de nubes pesadas. Sobre ellas juegan los tlaloques, diocillos traviesos que cargan enormes ollas de agua y que a veces la arrojan violentamente para refresco de la tierra y bienestar de la humanidad. Al sur la Sierra del Tentzo y de Chalchihuapan, puerta del declive que conduce a la Mixteca y al sureste *quasi* infinito. En medio de tan eminentes guardianes está el plano inclinado que forma el cauce natural del Atoyac, palabra que significa eso: "río", como quien dice un "río, río", y también un infinito número de arroyos y manantiales, los que otrora conformaron lagunas y enormes charcos.

Éste fue el "paraíso terrenal" al que arribaron emigrantes de todas partes, especialmente del oriente y sur, los descendientes de los olmecas costeros, que se mezclaron en el camino con los otomíes, popolocas y nahuas, dando lugar a numerosos asentamientos, siempre cercanos a los abastos acuáticos por obvias razones.

Los antecedentes, por ubicación, más cercanos a lo que hoy es la ciudad de Puebla, se encuentran en la ex hacienda de Amalucan, al este de la capital estatal, en donde se construyeron plataformas para casas de la casta dominante, con su teocalli o templo en el basamento más alto. Fue un

asentamiento de regular tamaño que floreció desde antes de Cristo hasta unos dos siglos después, subsistiendo a base de una agricultura intensiva que se apoyaba en un sistema de riego impresionante, con canales que a veces llegan a tener trece metros de anchura y cientos de metros de longitud. Parte de este sitio, barrancas de por medio, lo constituye Manzanilla, con numerosas terrazas y algunas estupendas canchas para el juego de pelota, que ya desde entonces era popular.

Este complejo sostenía relaciones muy estrechas con otros cercanos, como el de Totimehuacan, en donde se construyó una gigantesca pirámide, mejor dicho, se revistió un cerro que fue recortado para darle la terminación acostumbrada; en su interior se excavó una tumba de tiro, cuya cámara contiene un sarcófago con símbolos de ranas, asociación clara al agua, a cuya dedidad seguramente estuvo consagrado el templo. Esta pirámide-tumba y la de Palenque, son las únicas en Mesoamérica que ofrecen esta característica. El basamento de Tepalcayo, como se le llama, constituye un ejemplo del trabajo comunitario que la fe lograba en esos tiempos de tecnología difícil y tumultuaria.

Las ciudades, si así se quiere llamarlas, se conformaban de calles bien delineadas a donde confluían estrechos callejones y laberínticas rúas, acceso para los solares escondidos. La élite habitaba cerca del centro ceremonial, destacando sus casas por desplantarse de plataformas con sus escaleras an-

chas, sin importar que los accesos fueran angostos. Altos techos de palma con extremos de oreja, a veces tejidos armoniosamente y pintados de vivos colores, otras con terrados y crestas de madera. Encerrando esta parte principal estaban los pobres, con sus xacallis o casas de palma, lodo y varas, a veces con el terreno para la milpa o sementera, o simplemente apretadas unas con otras. Las muestras de cerámica revelan estrechas relaciones con sitios lejanos, incluso del Bajío o de los va-

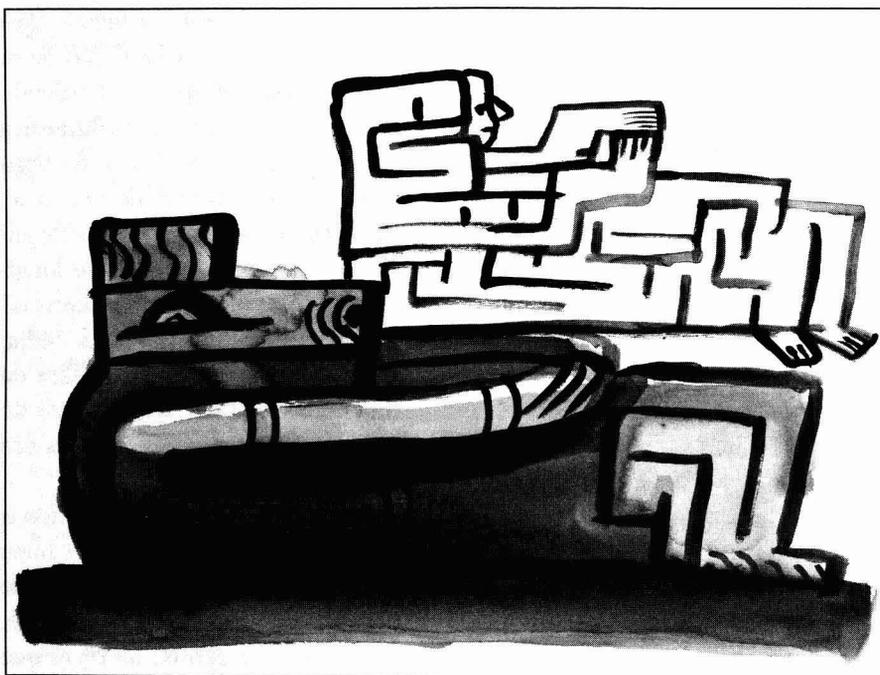
volumen varias veces, hasta lograr, hacia el siglo IV de nuestra era, uno de los monumentos más grandes en la historia de la humanidad: un basamento piramidal de cerca de cuatrocientos cincuenta metros por lado, y una altura de sesenta y cinco, lo que lo hace dos veces mayor que la Pirámide del Sol en Teotihuacan, y cuatro veces más grande en volumen que la de Keops. En su plataforma superior hubieran cabido, si se permitiera, unos diez mil danzantes, pues la devo-

antigua de México y uno de los más simbólicos. Muchos otros templos alzaban sus crestas en el Tlachihualtépetl, la mayoría alrededor del principal, y otros no menos importantes en los barrios, muchos de los cuales eran habitados por etnias bien definidas de otras partes: barrio mixteco, zapoteco, popoloca, totonaca, otomí, etc., un mosaico de pluralidad que daba a la ciudad el grado de cosmopolita.

Su templo y su mercado hicieron de la urbe uno de los centros naturales de Mesoamérica, por lo que todas las rutas y caminos partían o concluían en sus plazas y callejuelas. Bajo su protección prosperaron muchos pueblos de escasas dimensiones, de intensa agricultura que sustentaban a la cabecera y al mismo tiempo se nutrían de ella. En cada uno se repetía el patrón urbanístico, con la modestia u ostentación que sus posibilidades permitieran.

Nadie pudo sustraerse de la influencia del Tlachihualtépetl, ni siquiera la lejana Teotihuacan que expendía cerámica, joyas, textiles, tinturas y dioses elaborados aquí y llevados allá por las caravanas-hormiga de comerciantes, savia constante que circulaba por esas arterias vitales de comunicación cultural.

Hasta la ciudad-santuario llegaron, primero en discretas caravanas y luego en oleadas incontenibles; buscaban mejores tierras sin importar de quién fueran. Sus embates conmovieron a la sociedad del siglo VIII, hasta derribarla violentamente. Venían del sur, desde las costas de Tabasco y Campeche, se mezclaron con gente de Veracruz y Oaxaca y avanzaron, se llamaban a sí mismos "olmecas xicalancas", por sentirse descendientes de la Cultura Madre. Sin embargo no eran cultos, pues en su prisa por apoderarse de tierras ajenas, no respetaron ni la belleza ni la grandeza del santuario. Sus huestes bárbaras arrasaron todo, incendiaron el templo y derribaron sus escalinatas. Todo ardió y se destruyó, la población aterrorizada buscó refugio en otra parte; queda-



lles centrales de Oaxaca, y por supuesto, con las metrópolis imponderables de Cholula y Teotihuacan.

De todos los asentamientos del valle destaca en primerísimo lugar la Ciudad Sagrada del Tlachihualtépetl o "Cerro Hechizo", fundada a orillas de una laguna con su teocalli principal que se ubicó sobre el manantial santo. Al lado del santuario prosperó el mercado que poco a poco se desarrolló como el más importante del Altiplano. Lo sagrado y lo comercial conjuntaron un bienestar que redundó en arquitectura monumental, caminos, calzadas, depósitos de agua, palacios y arrabales.

Fundado hacia el siglo VI antes de Cristo, el Tlachihualtépetl llegó a un desarrollo sin precedentes, a tal grado que el templo primordial aumentó su

ción e importancia del dios Chiconahui Quiáhuitl (Nueve Lluvia), se reflejaba en la monumentalidad de su templo. Cuatro calzadas corrían a los puntos cardinales, una de ellas con más de dos kilómetros de longitud, a los lados se alineaban palacios de impresionante belleza, con murales en sus fachadas y vivos colores por doquier. Para fortuna se conserva uno de ellos de 62 m. de largo por 2 de alto, representa una ceremonia en que los participantes beben, al principio moderadamente y luego, a medida que la escena avanza, muestran claros signos de embriaguez, festín litúrgico en honor de la deidad del octli (llamado pulque por los españoles), que exigía una borrachera ritual cada cuatro años. El "Mural de los Bebedores" es el más largo de la etapa

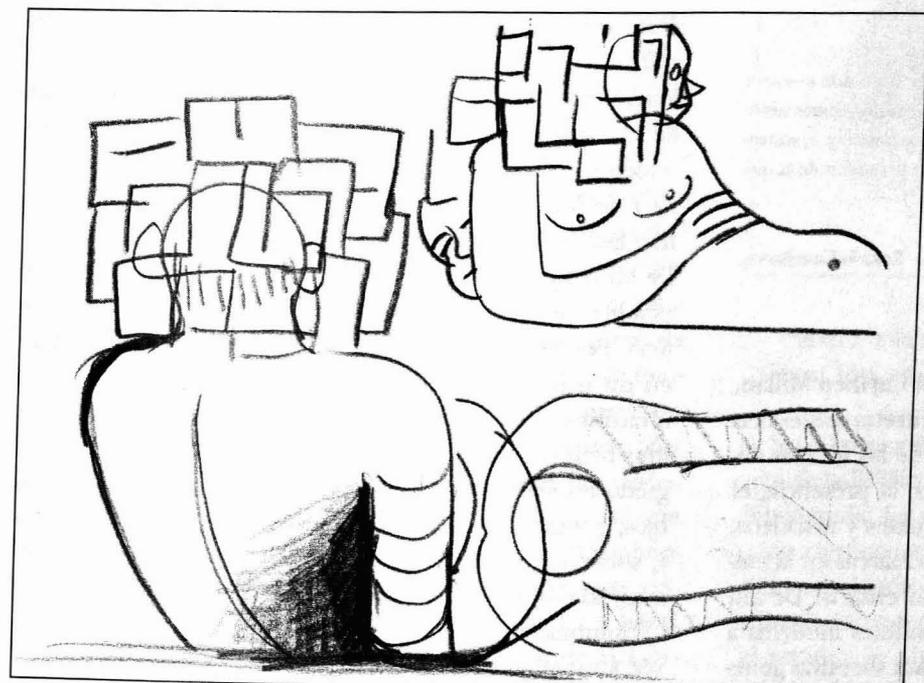
ron algunos, los que no tenían a dónde ir. Tuvieron que sufrir la esclavitud e intolerancia de los conquistadores que sin tomar en cuenta la antigüedad y sacralidad del lugar, cambiaron el asentamiento a las orillas de la vieja ciudad, construyendo un nuevo templo, ya no en el manantial sagrado ni al mismo dios, pero con la misma determinación y con idéntico esfuerzo de la muchedumbre trabajadora.

Los olmecas xicallancas proyecta-

gando contingentes de antiguos habitantes de Tula, los que se llamaban toltecas, gente pacífica de mucha civilización, la que al principio no fue aceptada hasta que se los permitieron pero en calidad de esclavos. Poco a poco los toltecas laboriosos e incansables, se apropiaron de los medios de producción para que en 1292, quedaran con el mando del sistema político religioso. La ciudad se tornó tolteca y la gente empezó a llamarla "Cholollan", que significa: "Lugar de los que

dos del centro norte, como los chichimecas que establecieron Tlaxcallan y cuyas tierras colindaban con las de estos señoríos. Dichas colindancias, al no estar perfectamente delimitadas, provocaban lagunas territoriales, verdaderas *in pace o statu quo*, que eran reclamadas por todos y ocupadas por ninguno. Tal era el caso de la parte central del valle, cuya planicie era cortada por los cerros Amacueyaltépetl (Loreto), Centepec (La Paz) Tepoxochitl, Iztlitépépetl (Las Navajas) e Izta-tépetl (La Calera), cruzando por el arroyo Almoloyan o Huitzilapan (San Francisco) y cercano al Atoyac; excelente región intocada que provocó la extensión de los bosques que cuajaban las faldas de red de la montaña Matlalcúeytl (Malinche). Los otomís que alguna vez estuvieron aquí, asentados al norte del Amacueyatl (Loreto) le llamaron Thaxet, pero después el vocablo desapareció, como lo hicieron sus habitantes primitivos, quienes sólo dejaron como testimonio algunas tumbas y ofrendas (en lo que hoy es Unidad Deportiva). Las orillas del Atoyac fueron ocupadas por algunas aldehuelas que hicieron terrazas y hasta montículos de escasa envergadura, pero igualmente devotos que los grandes monumentos urbanos.

La conquista que de Cholula hicieron los belicosos huexotzincas no alteró la distribución territorial, ni siquiera cuando los mexica-tenochca arrasaron la región y encumbraron a sus aliados de Tepeyacac (Tepeaca). El triunfador Axayácatl contempló el paisaje, impuso una fuerte tributación y regresó contento a sus lares. El valle poblano-tlaxcalteca permaneció impenetrable y listo para que, en el rincón del mismo, al pie del cerro Amacueyaltépec, en donde algunos llamaban al sitio Cueltlaxcohuapan (lugar de despellejamiento de víboras) a iniciativa del fraile Motolinia y de sus seguidores, se fundara la Puebla que los ángeles se encargarían de diseñar para honra y gloria de Dios y provecho del prójimo. ◇



ron la influencia de la metrópoli sagrada hasta lejanísimos confines, de tal forma que el tianquiztli se convirtió en el más grande y surtido de toda Mesoamérica. El teocalli se dedicó a Yacatecuhtli, el dios de los comerciantes, que desde la cúspide del enorme basamento presidía el imponente mercado y contemplaba las peregrinaciones multitudinarias.

Este segundo aire de la ciudad del Tlachihualtépetl se reforzó con el desarrollo de poblaciones cercanas que surtían de bienes y mano de obra a la urbe. Los antiguos pueblos dieron lugar a otros con distinta filiación, pero ocupando las fértiles tierras de labor. Uno de estos asentamientos fue Cacaxtla, en donde residió uno de los gobernantes de la sede sagrada.

Para finales del siglo XIII fueron lle-

huyeron", refiriéndose a los que huyendo de Tula, se habían refugiado aquí.

La toltequidad hizo florecer a toda la región en las artes e industrias, la religión llegó a sus expresiones externas más sublimes. Se escribieron códices, cánticos, poesías, se levantaron palacios y obras públicas, de tal forma que Cholollan fue en ese tiempo la urbe mayor de Mesoamérica. Los toltecas también acrecentaron los pueblos de Totomihuacan y Cuauhtinchan, en donde se asentaron los clanes y castas de reconocido linaje, descendientes del mismo Ce Acatl Topiltzin: "Quetzalcóatl". La región del valle se llenó de pueblos prósperos: Tecali, Amozoc, Almecatla, Hueyotlipan, Chachapan, Cuautlancinco; y hasta de la vecindad de pueblos recién llega-